EL CAZADOR

Cerca, muy cerca de un río
Que en un bosque abrió su cauce,
Y con alfombra de flores
Adornó sus verdes márgenes,
Sonreía una doncella,
Juntamente con sus padres,
Al contemplar las bellezas
Del campo y sus soledades.

Flotaban sobre las linfas
Las gaviotas y las ánzares,
Blancas cual copos de espuma
O celajes de la tarde.
Y sacudiendo las alas
A veces, para bañarse,
En su redor esparcian
Lluvia como de diamantes.

—¡Cuán, bellas—dijo la niña— Cuán lindas son esas aves Que se mecen blandamente Como una pluma en el aire! ¡Quién me diera coger una Viva ó muerta, chica ó grande! Mas ¡ay! sólo por hermosas Es justo que se las mate?

Llegaba en esos momentos A la sombra de aquel parque Un jóven, gallardo mozo De faz altiva, buen traje, Arma de fuego en el hombro, Noble aspecto y andar grave. —He oido, hermosa joven, De usted las últimas frases, Y el obsequiar sus deseos Me será muy agradable.—Dijo, y sin oir excusas De la niña y de sus padres, Hacia la mansa corriente Se dirigió recatándose.

De repente se detuvo, Y con nobles ademanes Tendió el rifle en dirección De un recodo, y al instante Se oyó el estruendo de un tiro Por los ámbitos del aire. Dos gaviotas moribundas Dieron graznidos salvajes, De dolor, aleteando En los líquidos cristales. Y dejaba en la corriente Toda la vertida sangre; Una huella enrojecida Como un collar de corales.

Al empuje de las olas,
Desventuradas las aves
Fueron á dar á la orilla,
Y entre lirios y zarzales
Quedaron aprisionadas,
Îndefensas y espirantes.
El cazador se aproxima,
Y cogiéndolas con arte,
Presentólas conmovido.
A la joven, que, al mirarle,
De amor arrojó una chispa
En su espíritu inflamable.

—Es justa una recompensa— Dijo risueña la madre: —Muy justa—añadió su esposo Con acento favorable— —Justísima—dijo alegre La niña con voz de ángel,
Y al hablar fijó sus ojos
Azules, rasgados, grandes,
En los del joven, que eran
Negros como el azabache:
Y le sonrió de un modo
Tan dulce, tierno y amable,
Que él se estremeció de dicha
Y así contestó turbándose:
—La amabilidad de ustedes
Y de usted, niña, es tan grande,
Que ya estoy recompensando
Más de lo que es razonable.

La envió á ella una mirada Ardorosa y penetrante; Dijo adios en un suspiro; Y partiendo triste y grave, Desapareció entre un bosque De pinavetes gigantes.



Todo fué un sueño

En región ultramontana La luna iba á sepultarse; Y la naturaleza, ufana Empezaba á engalanarse Con la luz de la mañana.

Y en corceles arrogantes, Y haciendo mil travesuras, Ya dignas, ya extravagantes, Cruzábamos las llanuras Un buen grupo de estudiantes.

Pronto un bosque atravesamos Donde quizá se peligre, Pero no lo sospechamos; Y con placer arribamos A la gran Sierra del Tigre.

Nos esperaban ansiosas En la hacienda unas doncellas Frescas, erguidas, graciosas; Cual mi novia cariñosas, Y como ella misma bellas. Estudiantes y zagalas Tuvieron guerras frecuentes Con flechas en vez de balas; Que ellos eran gentes malas Y ellas eran buenas gentes.

Yo, amante de contemplar Las grandezas de la tierra, Quise de sitio cambiar Y me llegué á remontar A la cumbre de la sierra.

A poco escuché gemidos Y gritos desesperados Que luego eran confundidos Con los profundos silbidos Del viento de aquellos prados.

Y yo que desde una roca Contemplaba el horizonte Que á meditar me provoca, Corrí con audacia loca Internándome en el monte.

Al fin, siguiendo una huella, Ví sobre un caballo blanco Un varón y una doncella; Mas haciendo impulsos ella, Rodaron por un barranco. Desde encumbrados ribazos Miré al individuo mismo, Y estaban rotos sus brazos Y su frente hecha pedazos En el fondo de un abismo.

Y el cuerpo de la doncella Como un ave sobre el nido Se veía suspendido En un breñal; y la bella Sólo estaba sin sentido.

El hado me fué propicio Y logré por buena ruta Sacarla del precipicio: Después la llevé á una gruta De que yo tenía indicio.

Luego que ya pudo hablar Me dijo que un poco antes La arrebató de su hogar El que en las simas gigantes Acababa de espirar.

Al cesar su turbación Me propuso con empeño De un porvenir tan risueño, Que temía el corazón Ser juguete de algún sueño. Seguían á un juramento Las más ardientes caricias, Y á aquel rústico aposento Le llamamos al momento "La gruta de las delicias."

Pero [ay! que los estudiantes, Como ya no me encontraron, Retrocedieron cuanto antes, Y á mi familia llevaron Noticias muy alarmantes.

De suerte que al otro día Yo con algo de coraje Y ella con melancolía, Vimos que en la cercanía Nos esperaba un carruaje.

Despues de oir mil regaños Cuando subimos al coche, Tuve horribles desengaños..... Todo esto he soñado anoche: ¿Verdad que hay sueños extraños?



DESESPERACION

Has burlado mi santa ternura Despreciando mi amor infinito: Tú adorabas el crimen maldito Y anhelante corriste tras él.

Inexperta mi alma te daba Culto sacro que no merecías; Y de hoy más, intenciones impías De mi mente saldrán en tropel.

Es tan grande el dolor que me agobia, Que á los réprobos mismos envidio, Y al abismo fatal del suicidio He soñado arrojar mi pasión.

Sé que nada te importan mis duelos Ni te afligen mis negras ideas; Pero yo necesito que creas Que por tí no tendré salvación.



Es el amor mundano
Niebla que pasa
Que al soplo del deleite
Se desbarata:
El goce es viento
Que apaga las antorchas
Del santo fuego.



¿Cosas nunca vistas≼

No hay en el mundo corazón sincero Ni mujer ó varón sin desengaños, Ni solteras que no se quiten años. Ni cosa buena ó mala sin un *pero*.

Ni muchacho que no sea embustero, Ni viejo que no canse con regaños, Ni artesano que no ande con eugaños, Ni poeta que cuente con dinero.

Ni escritor que no diga un desatino, Ni juez recto y activo en un proceso, Ni bajo adulador sin un destino, Ni avaro que entre amigos gaste un peso, Ni fraile que no coma pan con vino, Ni hablador como yo que lo confieso.

EPIGRAMAS

Contra mis versos predica Un señor que solo es justo Cuando el sacristán repica: Ya veis quien me los critica; Por eso bailo de gusto.

Dos cuernos se halló Oropeza, Y dijo:—Tenerlos quiero Junto á mi cama, en mi pieza; Y así tendré bajo de ellos, mi cabeza; Y sobre ellos mi sombrero.



Las aves huérfanas

-

Un tierno cariño tenía á las aves La niña hechicera que amarme juró; Y ahora la llaman con cantos süaves, Mas ella no viene: ¿por qué las dejó?

Yo vi golondrinas bajar de su abrigo Y en charla con ella sus manos besar En busca de rubios granitos de trigo Que yo con mis labios quisiera robar.

Y un día volaron, pasado el estío, Muy lejos, muy lejos... las ví yo partir..., Y fuése mi niña más lejos, ¡Dios mio! Y sólo en el sueño la siento venir.

Se fueron á un tiempo las aves viajeras Y el ángel hermoso que tanto adoré; Y han vuelto las aves alegres, parleras, Y no ha vuelto mi ángel... ¡al cielo se fué!

¿Por qué ni una pena mostróme aquel día? ¿Acaso gozaba con verme sufrir? ¿Por qué al ver mi llanto la ingrata reía? ¿Por qué hacía esfuerzos queriendo partir?

En lecho mortuorio la vieron tendida, Extinto en sus miembros el soplo de Dios: Creyéronla entonces las aves dormida, Y allí revolando dijéronle "adiós."

Y ahora que vuelven y no hallan el fruto Que dulce ofrecíales mi ángel de luz, Parecen que entienden, y muestran su luto Posándose tristes al pié de una cruz.

¡Oh, cuánto me afligen buscando la mano Que pronta les daba caricias aquí: Ŝi yo les presento la mía, es en vano, Pues luego medrosas se alejan de mí!

¡Huid de mi techo, buscad otro asilo Y en él otra amiga que os sepa estimar: Dejadme olvidado, dejadme tranquilo, No quiero recuerdos, no quiero llorar!

¡Mas no, golondrinas: mis ansias son otras: Quedaos conmigo, que estáis aquí bien; Y así como *ella* se fué con vosotras, Al iros de nuevo, llevadme también!

SERENATA

~ · · * · * · · ·

La luna ya se oculta en Occidente, Las aves duermen junto al manso río, El cielo llora gotas de rocío Sobre la triste y soñolienta flor.

Y en tanto que reposa en el silencio El mundo que mis penas no comprende, La luz del alba llega y me sorprende Cerca de tí, velando por tu amor.

Pronto la aurora en el rosado Oriente Luciendo su diadema de tapacios, Las puertas abrirá de sus palacios Dándole entrada á su querido sol.

En tanto yo, testigo de esas glorias, Cabe tu hogar te llamo y no despiertas: ¿Nunca abrirás del corazón las puertas Al astro puro de mi ardiente amor?



Poesía y prosas

(HISTÓRICO)

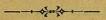
Arturo, conmovido, delirante Y con el alma henchida de tristeza, Reclinaba su lánguida cabeza De María en el seno palpitante.

Ella, al mirar las penas de su amante, Con palabras de cándida terneza Pretendía infundirle fortaleza Como la casta Bëatriz al Dante.

—Trémulo estás: la palidez te asedia Y tus ojos desmayan,—le decía— ¿Qué sientes que mi amor no lo remedia?

Y él contestó á la angelical María: —¡Es que están dando ya las doce y media Y no me desayuno todavía!

Mañana de invierno



Ι

Ya rígido el Invierno batió sus frías alas por los amenos campos que Otoño acarició; Y esconde la Natura sus pompas y sus galas, y tarde se levanta desorientado el Sol.

II

Huyeron á otras zonas las pardas golondrinas, dejando en el alero la paz y la quietud. Y en busca de maizales las grullas peregrinas en ángulo atraviesan el horizonte azul. III

Los árboles, desnudos de su follaje blando, no abrigan ya los nidos del mirlo y del alción. Y las humildes hojas que secas van rodando, serán pasto á la lumbre del pobre labrador.

IV

Allá, cual blanca torre, al pié de la montaña, el humo de una hoguera se eleva en espiral. Y acá mansas ovejas en torno á la cabaña, vapores blanquecinos despiden al balar.

V

Del seno de los lagos la espesa niebla sube para cubrir de aljófar los cármenes después. Y allá, cabe los prados, formando negra nube los tordos en bandadas se miran descender.

VI

Quizá esquivar pretenden las ráfagas temidas é imploran del rey-astro más fuego, más calor. Y hasta el salvaje buitre, las alas extendidas, desde el nogal marchito le rinde culto al sol.

VII

APRILA ALFONSIN

La infiel mariposilla de fúlgidos colores en vano va buscando Los frutos de un edén. Ni hay plantas olorosas ni almácigas de flores en donde las abejas libar puedan la miel.

VIII

La araña, en los zarzales suspensa y entumida, ve rotas por los hielos las redes que tendió. Y torpes los reptiles dejando su guarida, se arrastran sobre el césped mostrando confusión.

IX

Si casi siempre el mundo sus júbilos externa, Diciembre ¡ay! interrumpe la animación feliz. Parece que Natura, cual madre dulce y tierna, le guarda luto al año ya próximo á morir.

X

De invierno en los rigores ¡cuán tristes son los días! ¡cuán triste es la mañana con un pálido sol! La tierra tiene escarchas, el lago espumas frías, neblinas el espacio y angustia el corazón!

XI

¡Oh tiempo árido y mustio sin días halagüeños! de mi ignorada vida la imagen eres tú. Marchitas van quedando las flores de mis sueños al ver cómo se aleja de mí la juventud.

XII

Si rápidos he visto pasar mis años tiernos, ¿daré á mis esperanzas la despedida? ¡No! Las nieves abundantes de treinta y un inviernos helaron mi cabeza, mas no mi corazón!

XIII

¡Oh Invierno! al irte rompe de mi alma los pesares; y cuando Primavera nos venga á sonreir, tendrá flores el mundo, yo estrofas y cantares y besos y sonrisas y amor, amor sin fin!



&Pasatiempos&

T

Por tonta no quiero á Rosa, Ni por su genio á Enriqueta, Ni á Dolores por coqueta, Ni á Florinda por chismosa. Y ninguna fué mi esposa De cuantas he conocido, Porque defecto han tenido: Nada más que lo he notado Después que las he trovado Y no me han correspondido.

. II

Una mujer cuya boca Sólo ilusiones me ofrezca Y de pasión me enloquezca Y por mí se vuelva loca; Una virgen que si poca Dulzura me ofrece al verla, Feliz me haga al obtenerla: Esto á Dios pido, esto quiero, Y sobre todo dinero Para poder mantenerla.

III

Celoso, en lenguaje inculto
A Luz la llamé ramera:
Y aunque vil calumnia era,
Al fin perdonó el insulto.
Con despecho mal oculto
Me puse un día una mona,
Y á aquella misma persona
La dije fea y chocante:
Era verdad, y no obstante
Hasta hoy no me perdona.

IV

Por más que se dice fuerte, Cae el hombre á cada paso; Y de ello sin hacer caso, El mundo apenas lo advierte. Al varón, en buena suerte La débil mujer no iguala; Pues aquél merèce gala Si tropieza y cae de bruces, Y el mundo se vuelve cruces Cuando una mujer resbala.

V

El chismoso que se oculta
Hace el papel de un malvado;
Pues de un se dice escudado,
Hiere, deshonra ó insulta.
Yo, cuando un chismoso abulta
Mis hechos de un modo feo,
Le replico sin rodeo:
Eso es calumnia, compadre:
¡Peor dicen de tu madre,
Y si es verdad, no lo creo!

VI

Soy observador, y en eso De corazones, colijo Que son los de madre é hijo Ŭna sonrisa y un beso. El de esposa es un exceso, El de amiga, eco que alegra, El de hijastro, bola negra; Y entre otros de que no hablo, Es un bufido del diablo El corazón de una suegra.

VII

No digas una verdad Que parezca una mentira, Porque si alguno la admira, Cien la juzgan falsedad: Si alguna monstruosidad Cuentas, áun siendo factible, Te dirán que es imposible; Mientras si con arte mientes, Más te han de creer las gentes Que si fueras infalible.

VIII

Un astuto enamorado
En situación bonancible,
Es un seductor terrible,
Un Tenorio afortunado:
Así siempre le han juzgado
Las que él rinde á su deseo;
Mas pasado su apogeo,
Aun para las que ha rendido,
Es un lépero atrevido
¡Sin más gracia que ser feo!